

Ⓟ urante algún tiempo, mi trabajo ha querido ahondar en el mundo interno del ciudadano. Y lo cierto es que, con frecuencia, este esfuerzo se ha encontrado con cierta desconfianza. Aunque mi interés se centraba en valorar esta parte tan importante de la vida de las personas y de las instituciones, lamentablemente los ecos que me llegaban de vuelta no eran muy favorables.

A su modo, esta actitud recelosa y reticente hacia el mundo interno tenía sentido. La comprendía y, desde luego, no me extrañaba. Empecé a ver que la recuperación de esta parte del ser humano, este componente de su inteligencia y de su ser, implicaba inmediatamente la alteración de todo aquello y de todas aquellas ciencias que se refieren a la conducta humana. Por esa razón no me pillaba de sorpresa la reacción que una iniciativa como la mía u otras semejantes pudieran suscitar. No obstante, chirriaba el tono exagerado de algunos rechazos. Todo ello me ha llevado a meditar sobre por qué la recuperación de esa parte de la vida humana puede promover tales resistencias.

En mi experiencia, la perplejidad ante el mundo interno del hombre se muestra de dos maneras:

- 1) de una parte, los interesados en este tipo de trabajos no comprendían lo que este concepto de *mundo in-*

terno intentaba presentar o aludir. Lo veían incluso negativo porque, según ellos, teñía la reflexión pública de subjetivismo y la arrastraba a lo esotérico. No lo aceptaban porque creían que la introducción de ese ámbito de la vida y de la conducta apelaba a la irracionalidad. Estas personas aludían como precedente a algunos eminentes científicos sociales como Max Weber (1864-1920) o Vilfredo Pareto (1848-1923), entre otros, que ya habían admitido la existencia de un fragmento de la vida irreductible a la racionalidad. Estos maestros creían que, ante este resto refractario a la lógica, lo único que se podía hacer era restringirlo al máximo con el avance de la ciencia. Su idea, asumida por mis críticos, era algo así como ir iluminando cada vez más las parcelas de la vida que no estuvieran aún controladas y explicadas por el método científico.

- 2) Otro tipo de estudiosos o lectores, por el contrario, se adelantaban a reconocer que estaban de acuerdo con la existencia de una parte de nosotros que, plena de creatividad *naïve*, no se halla sujeta a la lógica de la ciencia. Con todo, esta opinión pretende asimilar el mundo interno al *foro interno* de la retórica o al inconsciente del psicoanálisis y el arte surrealista.

Algunos de mis alumnos o colegas aducían al respecto, y tenían en buena parte razón, que tanto la cultura científica como la literaria y la popular han dado tácitamente por sabido que existe un mundo interno, una parte de nuestras vidas fuera del control de la conciencia y de difícil acceso. Me recordaban que tanto las ciencias como las letras, por no decir el arte, han contado ya con esa realidad que yo pretendo reivindicar. Sin ir más lejos, ese el caso de la ciencia y la filosofía románticas. Estas ramas de la cultura occidental siempre pretendieron

llevar a término la conquista de esas partes de la vida de la ciudad o del Estado que aún no están iluminadas por el saber objetivo.

Tras meditarlo, he llegado a la conclusión de que quienes así piensan en realidad no se salen del campo del saber occidental más tradicional, ya que —a la manera griega clásica— con la pareja conocido/desconocido abarcan toda la naturaleza. Casi siempre, con escasas excepciones, este planteamiento apela a metáforas *visuales* y se refiere a *iluminar* los pueblos atrasados, a *aclarar* dudas; en definitiva, a *despejar*, para ver, el campo de lo desconocido. Todo incluido en una tarea de reconquista de un mundo que parece sumergido en las sombras del atraso histórico o de la oscuridad del mal vivir.

Pero también se ha avanzado en otras direcciones. Tenemos el ejemplo de pensadores independientes que se han fijado en que el vértigo de lo público se elabora en la conciencia de las personas, en los foros internos. Bástenos con citar en el siglo XX a Jacob L. Moreno (1889-1974) o a Hannah Arendt (1906-1975). Otros han comprendido que esa parte humana fuera de la soberanía de la *recta ratio* de Tommaso d'Aquino (1224-1274) involucraba funciones cognitivas importantes. Su hallazgo fue que esos ámbitos no visibles, y un tanto descontrolados, influyen seriamente en nuestra vida y originan capacidades inteligentes y creativas muy respetables. Tenían, los más profundos, la desolada convicción de que mucho quedaba aún por saber en la alucinada cruzada de nuestra civilización moderna. En preciosas palabras de James Joyce (1882-1941), se oía el rumor de lo silenciado:

La letargia de la materia necia, la apatía de las estrellas.¹

.....
¹ «The lethargy of nescient matter; the apathy of the stars», James JOYCE, *Ulysses* (1922), Penguin, Harmondsworth, Middelsex, England, 1960, p. 655.

No obstante, hay que decir que el trabajo de reconocer y aceptar que existe el mundo interno no es fácil. Uno de los impedimentos es la existencia de conceptos parecidos o de ideas que pretenden ser equivalentes, pero que no lo son. En el campo de la sociología existen varios intentos de este orden, como es el estudio de la intimidad o de lo personal. También en el campo de las relaciones económicas se traza una línea muy marcada entre lo público y lo privado, en muchos casos siguiendo los pasos del derecho.

Los eclesiásticos occidentales, por su parte, han elaborado la idea platónica de un mundo interior, una ciudad interior, en donde lo importante es que ese lugar espiritual o psíquico queda asignado a Dios y, con ello y a efectos prácticos, a los eclesiásticos. La *lex divina* de los escolásticos venía a reconocer, por un lado, la riqueza normativa de todo ese espacio alejado de lo público y, por otro, la imposibilidad de entrar a estudiarlo debido a la opacidad de nuestros cuerpos.

La asociación aristotélica, griega en realidad, del saber con la vista y, por tanto, con la luz, convertía ese reducto personal, ese fuero interno, en algo solo accesible a los especialistas en la *lex divina*; es decir, los teólogos oficiales, los moralistas, los eclesiásticos y sus sucesores laicos.

INTELIGENCIA SILENCIOSA

Una de las dificultades para valorar el mundo interno radica en que queremos entenderlo con nuestra inteligencia consciente. Cuesta admitir que esa inteligencia que opera para nosotros cuente con alguna capacidad que no sea propiamente consciente. Lo que sí sabemos es que nuestra inteligencia tiene elementos que trabajan sin el control de nuestra voluntad y que a veces se salen de los protocolos del pensamiento. Claro que en último término se espera que la inteligencia resuma su

esfuerzo de algún modo y que nos presente un informe a nuestra capacidad ejecutiva de gobierno. Algo claro con lo que nuestro yo pueda actuar. Lo que nos importa, en el fondo, es el gobierno de nuestra compleja y limitada existencia.

Como novedad, y en parte como moda frívola, hoy se admite la trascendencia inteligente de las emociones, la importancia de las intuiciones, de las visiones creativas, etcétera. Es también el caso de la llamada *inteligencia emocional*. El asunto es que el mundo interno no es exactamente eso. Tampoco se trata de un almacén o de un inframundo en donde se guardan nuestras experiencias más personales y desde donde trabajan funciones cognitivas y operativas de nuestra vida difícilmente registrables.

Quizá por eso, y a pesar de que sea el título del libro que aquí le presentamos al lector, el término *mundo interno* no deba ser definitivo. Este nombre intenta aludir a una inteligencia silenciosa que, al igual que la inteligencia con la que reconocemos y medimos el mundo, la que miden las pruebas psicotécnicas, vive como parte de lo que somos. Una inteligencia callada que no es precisamente contable ni medible, ya que no trabaja ni podemos entenderla mediante el principio de identidad.

Esa inteligencia silenciosa del mundo interno es por tanto una capacidad preciosa, un bien humano que se va desarrollando según fluye nuestra vida. Y va cambiando como lo hacen todas nuestras capacidades vitales: la respiración, la memoria, el buen juicio o el talento artístico. Esa inteligencia que opera casi muda, mediante la fantasía, la memoria verde² y los olvidos, nos aporta una parte esencial para vivir. Esto quiere decir que su trabajo puede dar contribuciones positivas o negativas; aportaciones a nuestra felicidad o lo contrario.

² Javier ROIZ, *El experimento moderno*, Trotta, Madrid, 1992, pp. 65-68.

Ese mundo interno tan vivo y en cambio perpetuo puede causarnos alegrías o desgracias. Influye en el arte de vivir. Y, desde luego, va a tener una repercusión directa en el gobierno y los desgobiernos de las personas. Pasar por esta vida sin prestar atención a esta realidad dificulta el trabajo de la ciencia y, en particular, de la ciencia del gobierno.

Desde que tenemos constancia de nuestra especie, sabemos de culturas y de pueblos que han intentado contar con esa realidad tan decisiva y que, aunque no sabían cómo entenderla, sí percibían su importancia.

Lo vemos expresado en los mitos y las leyendas, en las religiones y el arte. En ocasiones, el mundo interno aparece, como en la Grecia clásica, proyectado en historias épicas. Se reconoce su forma proyectiva, pero no se entiende su alcance y carácter. Es también el caso de la ciencia ficción. En esas historias se nos habla de unas fuerzas oscuras, de unos ámbitos lejanos o desplazados y de unas gestas excepcionales. No se aprecia la existencia de ese mundo interno como tal, de la importancia de la letargia, ni se registran sus influencias. Se elabora, eso sí, una realidad que intenta recoger las repercusiones del mundo interno en la vida personal y colectiva aunque sea de una manera tergiversada.

CAMBIOS IMPRESCINDIBLES

Cuando se acepta la existencia de esta parte de la identidad humana tan importante, se presenta de inmediato el problema de que vamos a tener que reelaborar en mayor o menor medida cada una de las ciencias sociales. Además, en la vida pública, el ciudadano ya no podrá ser juzgado igual que antes. La conclusión es que la *democratización del individuo* viene a ser un paso imprescindible para la maduración del pensamiento democrático.

Hay que dar por seguro que, si todo va bien, los cambios a hacer serán grandes y afectarán también a los métodos apropiados. La lógica vigilante, con una capacidad imparable de razonar, deberá abrir paso a otras maneras de estudiar la vida. Tendrá que ser una forma de investigar —y una didáctica— que no se quede con solo una parte del ser humano, algo similar a un muñequito dialéctico; no deberá renunciar a expresar y hacernos entender la verdad completa de nuestras vidas, sin mutilaciones. Los nuevos ciudadanos no podrán ser ni ansiosos ni alucinados, sino seres de veinticuatro horas al día con vigilancia y letargia.

No es difícil comprender que alguno de los presupuestos de la sociedad vigilante del siglo XXI tendrá que desaparecer.

Entre ellos está la ficción de que nuestra capacidad lógica de conocer y de gobernarnos es ilimitada. La aceptación del mundo interno, de toda esa parte de nuestra vida que requiere una nueva manera de pensar para reconocerla, nos ha de llevar a transformaciones de envergadura en el pensamiento y la acción. En este sentido, la contingencia de la vida habrá de recuperar su valor completo. Asimismo, la creatividad del ser humano habrá de ser más respetada y, en vecindad con la *inventio* retórica, sentida como una aptitud para originar cosas a partir de la nada, para tenerlas y aprovecharlas *in statu nascendi*.

La reciente aparición del concepto de *sociedad vigilante* hace alusión a un tipo de vida social que surgió en Europa occidental en el siglo XIII. Se trata de una transformación muy profunda entre la población occidental europea que trajo una nueva visión de lo público, de la vida, de la naturaleza y del amor. Su vitalidad y auge llevaron a la creación y exportación de verdaderas franquicias que consiguieron un éxito descomunal. Entre ellas están el Estado y la universidad (el *studium generale* y la *universitas studiorum*). El asentamiento de la

población en tierras bajas, y de fácil acceso, y su dedicación a las ferias y los mercados aportaron una gran fuente de riqueza a esos territorios. En ellos surgió imponente el arte gótico que brotó en la Borgoña francesa para pasar enseguida a Inglaterra, la cuenca del Rin, el norte de Italia hasta Milán y, por supuesto, la península ibérica. No hace falta esforzarse mucho para comprobar que esa sociedad vigilante se extiende en el tiempo hasta hoy en día.

EL GOBIERNO DE NUESTRAS VIDAS

Uno de los efectos que más nos van a afectar con la aceptación del mundo interno es valorar con más realismo el gobierno de nuestra vida. Hasta ahora, eso había quedado desplazado, retirado de lo público, alejado del estudio de la política. Por supuesto que no se trata de invadir la vida privada con la fiscalización de los poderes públicos. Indudablemente, eso sería una catástrofe y un retroceso de siglos en algo que ha costado mucho independizar.

El asunto es que en los *desgobiernos de nuestra vida* existen elementos como la autoridad, el poder o las dependencias que han de ser estudiados con más calma y profundidad. En esos asuntos se nos presentan *espacios públicos internos* en los que se requiere un entendimiento más amplio que el que pueden aportar los eclesiásticos o los psicólogos. Problemas como la corrupción de la democracia, el creciente autoritarismo del mundo actual y el avance de los medios de destrucción masiva de las personas y del medio ambiente plantean serias cuestiones que afectan casi a la supervivencia de nuestro planeta.

La tradición escolástica de las universidades ha cerrado el paso hasta ahora a una apreciación del ciudadano como una pieza clave de la vida pública. Un ciudadano que, en palabras

de Moisés Maimónides (1135-1204), deberá pararse a pensar. Y que va a tener que democratizarse a sí mismo si queremos reparar los grandes destrozos que se están registrando en la vida democrática. A nadie se le ocurriría edificar un edificio con ladrillos y vigas afectados de aluminosis o con algún otro defecto. Para abrir la ciudad y el mundo a prácticas auténticamente democráticas, sabias y pacíficas, se hace preciso esa *democratización del self* por la que aboga Sheldon S. Wolin,³ maestro de teóricos políticos.

La ampliación de nuestro interés al gobierno del ciudadano y el respeto a su integridad son hitos importantes que nos van a abrir una época diferente. Las personas ya no van a tener solo una conducta en el escenario corpóreo de la vida, sino que también participarán con su mundo interno; como ya hemos dicho, serán hombres y mujeres de todas las edades dotados de vigilia y letargia. La ciudadanía habrá de ser considerada completa y sin mutilaciones ni manipulaciones previas. Creo que no va a ser admisible esa especie de elitismo psicológico de origen griego y consolidación cristiana que hasta hoy ha acaparado el mundo del pensamiento y, a través de ello, de la acción.



.....
³ Sheldon S. WOLIN, *Democracy Incorporated. Managed Democracy and the Specter of Inverted Totalitarianism*, Princeton University Press, Princeton, 2008, p. 289.